

Heinz Krumpel, *Philosophie in Lateinamerika. Grundzüge ihrer Entwicklung*, Akademie Verlag, Berlín, 1992.

Patricio Cleary Z.

Universidad de Frankfurt - CEPLA Universidad
de Playa Ancha de Valparaíso

La obra tiene siete capítulos que abarcan desde el período precolombino hasta nuestros días y que detallan el estado de la cultura, mitología y simbología indígena y el pensamiento filosófico propiamente tal que surge en Latinoamérica con posterioridad a la conquista y colonización del continente, conjuntamente con el período independentista y republicano, dividiendo el desarrollo histórico cultural de la región en dos etapas: el período precolombino y el período de la conquista y colonización.

El primer capítulo está dedicado a examinar la identidad y la cultura de la región en el contexto de su destino cultural, partiendo de la premisa de investigar el desarrollo del pensamiento filosófico fuera del contexto greco-europeo. El desarrollo del pensamiento filosófico en Latinoamérica, como en otras partes del mundo, no fue un proceso lineal, sino que más bien estuvo y está unido a distintas y variadas influencias culturales.

Lo primero que se aborda en esta publicación es el examen detallado de la mitología y simbología precolombina, en la que distingue dos tendencias: la primera, el mito psicológico como una explicación de lo irracional y, la segunda, de tipo histórico explicativo.

Durante el período precolombino el autor establece como premisa que no se puede hablar de la existencia de una filosofía propiamente tal. Las tres grandes civilizaciones del período desarrollaron un elaborado mundo mítico que no alcanzó para un desarrollo de la razón y de la reflexión propia del pensamiento filosófico. El autor entrega una amplia y detallada descripción de esta mitología y simbología en que existían conceptos del bien, del mal, del tiempo, sosteniendo que sólo una de ellas, la maya, tuvo un sistema de expresión escrita que se demostró en la confección de sus tres calendarios: el Zoltkin de 260 días, el Haab de 365 y la rueda calendárica, que es una combinación de ambos y tiene 18.890 días y que es muy importante para la producción de alimentos.

Resumiendo, estos pueblos alcanzaron un interesante nivel cultural, pero

no llegaron a elaborar un sistema de escritura que les permitiese llegar a otro tipo de pensamiento; no obstante, organizaron un mundo simbólico y mítico que incluso tuvo que ser sincretizado por la Iglesia Católica, para poder cumplir su misión y tener credibilidad.

Las manifestaciones escritas de los pueblos de América Central fueron recopiladas por algunos sacerdotes durante la colonia y es por esta razón que se ha podido conocer más detalladamente este mundo precolombino, por intermedio del Popol Vuh de los Maya Quiche y el Chilán Balam de Chumayel.

El abrupto término de este mundo por la conquista española, no significó que sucumbiera totalmente y la Iglesia Católica, encargada de difundir la prédica religiosa, se vio obligada a adoptar muchos de estos mitos y símbolos para poder penetrar en las mentes del pueblo originario, de ahí que la práctica religiosa católica esté llena de ritos propios de los pueblos indígenas.

Los desarrollos culturales eran desiguales, pero las tres civilizaciones (maya, azteca e incaica) dejaron a la posteridad muestras objetivas de su organización social, como monumentos, pirámides, textiles y útiles con los que fabricaban lo que necesitaban para su supervivencia. En el examen de muchas de estas manifestaciones surgen analogías que podrían ser comparadas con similares de otras partes del mundo, para lo que el profesor Krumpel entrega detallados análisis.

Al entrar al período colonial se describe y detalla el modo en que fue impuesta la filosofía escolástica española, primero como método de explicación e interpretación y, segundo, como herramienta de dominación destinada a cristianizar e hispanizar a todo el continente.

Durante la colonia la fundación de colegios y universidades fue organizada y administrada exclusivamente por la Iglesia Católica, que impuso como método de trabajo la filosofía escolástica sin que otra idea pudiese enfrentarla. La gran discusión de la época fue la que, sobre el problema indígena, sostuvo el padre Bartolomé de Las Casas con su contendor Juan Gines de Sepúlveda y destaca también las figuras de profesores como Francisco Vitoria, Luis de Molina, Francisco Suárez, que rechazaron las ideas renacentistas y por ende las consecuencias de la reforma.

Ya al finalizar la etapa colonial numerosos pensadores trataron de renovar el pensamiento oficial, como José de Acosta (1539-1600), Carlos Sigüenza Góngora (1645-1700), Juan Benito Díaz de Gamarra y Dávalos (1745-1783) y Benito Feijoo (1676-1774), lo que indudablemente provocó algunas inquietudes en el afán de cristianizar e hispanizar, pero sin efectos concretos.

La fuerte administración por parte del Imperio Colonial y la presencia omnipotente de la Iglesia con su misión de cristianizar e hispanizar, mediante su filosofía oficial, la escolástica, solamente pudo ser contestada en los últimos años de la administración española mediante la influencia indirecta de la ilustración y los ideales de la revolución francesa, posibilitando nuevas maneras de interpretar la realidad, resultando ello decisivo en el fin de la época colonial y la organización de la independencia.

Cuando aparecen los primeros pensadores criollos no escolásticos propiamente latinoamericanos, como Simón Rodríguez y Francisco Miranda, se comienzan

a delinear ideológicamente las bases de la independencia, la que fue conducida por Simón Bolívar, San Martín y otros y que significó el fin del dominio español.

La reflexión moderna acerca de la existencia del pensamiento filosófico en América Latina estuvo siempre sujeta a una interpretación eurocentrista de la realidad. El hecho de haberse impuesto un sólo modo de reflexionar sobre lo que había sucedido y los valores que los pueblos originarios habían sembrado en el continente, impidió la existencia de una visión crítica. Es más, en el siglo XIX un importante filósofo como Hegel planteó la teoría que en América sucedía sólo lo que ocurría en Europa, lo que reforzó la tendencia a ignorar otras culturas y calificarlas como bárbaras.

Con la Independencia entra el positivismo basado en las ideas de Augusto Comte, junto a las de la Revolución Francesa y la Ilustración, que cohabitaron con el utilitarismo, cuyo objetivo primario fue poner fin al dominio sin contrapeso de la Iglesia en el terreno político, legislativo y judicial y establecer un régimen republicano, donde encontró mayores obstáculos, ya que éste fue organizado sobre las bases del antiguo orden. Pensadores importantes en esta época fueron Francisco Bilbao, Juan Bautista Alberdi, Enrique Rodó y José Martí.

Terminado el siglo XIX, se inició un período de crítica por la falta de valores más trascendentales que los que exhibía el positivismo tales como el destino del hombre, su rol en la sociedad y conceptos más universales. En esta nueva situación jugó un rol importante la corriente denominada Krausismo (Karl Friedrich Krause 1781-1832), que retomaba las ideas de Kant y Hegel y los principios clásicos de la filosofía alemana. Su obra fue traducida al español y de ahí trasladada a las mentes de muchos pensadores latinoamericanos, fundamentalmente en Argentina y México, donde encontraron un fértil terreno y con ellas se ejerció una importante y duradera experiencia.

El tema de fondo fue una crítica al eurocentrismo y la interpretación mecánica de la preocupación volvió a mezclar la metafísica y el trascendentalismo kantiano y se centró en la búsqueda de respuestas acerca de quiénes eran, cómo y cuál había sido la conducta de los seres que habían vivido en el continente, situando la reflexión dentro de un pasado y presente real.

Sólo en la primera mitad del siglo XX estas ideas tuvieron una consecuencia práctica al iniciarse un verdadero distanciamiento de la filosofía europea, la que se continuaba empleando, pero para crear reflexiones propias buscando una identidad latinoamericana, basándose en el contexto histórico y así rescatar la presencia del ser humano en esas regiones en su dimensión y problemática concreta.

Con ella se inició una etapa de reflexión histórica que tomó la totalidad de lo que había sucedido buscando más que nada el destino futuro dentro de un proceso analítico y crítico. Los principales representantes de este movimiento fueron los mexicanos Antonio Caso y José Vasconcelos (*La raza cósmica*), en cuyos trabajos se profundizaba sobre el rol del individuo en la sociedad latinoamericana. Importante tribuna para sus reflexiones constituyó la creación del Ateneo de la Juventud (1905). En Perú estuvieron Alejandro Deusta (1849-1945) y Honorio Delgado y luego surgieron los pensadores sociales Raúl Haya de la Torre (1895-1979) y José Mariátegui (1899-1930). En Argentina este trabajo lo hicieron Alejandro Korn y Francisco Ro-

mero; los argumentos centrales de ellos fueron la orientación valórica estética y religiosa, que está fuertemente ligada con la subjetividad del ser; la orientación valórica humanista definida a través del monismo y el apriorismo estético; la Ética, Historia, Filosofía, Metafísica y Estética que constituyen una unidad *per se*; lo intuitivo y lo emocional que se consideran como una unidad.

El último capítulo está dedicado a la especificidad de la filosofía latinoamericana del siglo XX. Los principales representantes son, para el autor, Leopoldo Zea, Enrique Dussel, Augusto Salazar Bondy, Francisco Miró Quezada y algunos otros. Muchos de ellos tuvieron la ocasión de precisar sus pensamientos en 1975 en Morelia, México, en el Congreso de Filosofía de Latinoamérica.

La principal idea fue la existencia de la dominación, de la sociedad dual (patrón-sirviente) y la necesidad de desarrollar una posición filosófica basada en los hechos contextuales de América Latina y que deberían concentrarse en tres puntos: 1) estudiar los grandes sistemas de pensamiento; 2) investigar la filosofía latinoamericana, los problemas concretos de sus habitantes y sus valores humanistas; 3) la reflexión filosófica que no debe tratarse como netamente americana, sino más bien descubrir sus peculiaridades buscando en ella valores universales.

Esto dio finalmente paso a lo que se denomina filosofía de la liberación, centrada en el ser, su contextualidad, su relación con los otros y su posibilidad de redimirse por intermedio de un desarrollo crítico y positivo de su propio yo. Enrique Dussel desarrolló dentro de este esquema los elementos centrales de la filosofía de la liberación usando los conceptos de centro, periferia, realidad, solidaridad y liberación. Sus ideas se concentran en su libro *La metafísica del sujeto y la liberación*. Salazar Bondy se preocupa de identificar la especificidad de las corrientes filosóficas existentes en el continente. Miró Quezada centra su atención en el hombre específico de este mundo criticando fuertemente la actual religiosidad y realizando la vuelta a la solidaridad.

Finalmente, hay un capítulo dedicado a la ética de la comunicación y el racionalismo crítico, citando a Leopoldo Zea, Jürgen Habermas, Karl Popper, Hans Albers y las influencias que estos pensadores continúan ejerciendo.

El objetivo de Heinz Krumpel es entregar una descripción y una visión de los diversos tipos de pensamiento que se han desarrollado en la historia de las ideas en el continente latinoamericano y sus actuales consecuencias.